

Soportar la tentación y caer en la tentación

Santiago 1:2, 12; Mateo 26:41

William KELLY

biblicom.org

Índice

1 - La gran diferencia entre «soportar la tentación» y «caer en la tentación»	3
2 - El ejemplo de Abraham en Génesis 22 explicado	4
3 - Entrar en tentación	5

1 - La gran diferencia entre «soportar la tentación» y «caer en la tentación»

Es evidente que hay una gran diferencia entre «estar enfrentados a diversas pruebas» o «soportar la prueba» (Sant. 1:2, 12), por un lado, y «entrar en tentación» (Mat. 26:41), por otro. Es bueno que esto esté clara y firmemente establecido en nuestras almas; porque, si uno es bendecido, el otro es la mayor amenaza posible para el alma. No hay nada más fortalecedor que «soportar la prueba»; nada más peligroso que «entrar en tentación». Parece haber poca diferencia entre las palabras, y uno podría fácilmente no ver el contraste. Pero el contraste es enorme; porque en un caso es un honor que Dios nos concede, y en el otro, una trampa que Satanás nos tiende.

¿Cuál de estos 2 casos conocemos mejor? ¿Hasta qué punto sabemos, nosotros que estamos en la Mesa del Señor, lo que es ser objeto de diversas tentaciones o soportar la tentación? Porque benditos somos si lo sabemos. Ser objeto de tentación o soportarla es algo que agrada a Dios. En Génesis 12, vemos que Abraham estaba en un estado en el que Dios podía ponerlo a prueba; y le gusta que estemos en tal estado para poder ponernos a prueba. Pero no es así cuando no nos gobierna el sentimiento de la presencia de Dios, y no somos felices en Él. No es el caso cuando la carne no es juzgada. ¿Estamos entonces llevados a este punto en los caminos de Dios? Porque eso es lo que él espera de cada uno de sus santos. ¿Estamos entonces llevados a estar en comunión con el Padre y su Hijo en nuestro Señor Jesús (1 Juan 1)? ¿No tenemos el mismo Salvador y la misma salvación de Dios?

Sin embargo, en Cristo, la salvación no es solo un favor incomparable concedido por Dios en nuestras profundas necesidades, sino que también es inseparable del juicio de uno mismo ante Dios; hasta tal punto que, si no se aprende al principio, hay que aprenderlo más penosamente a lo largo de la vida. ¡Y qué deshonra para Dios! ¡Qué aflicción para su Espíritu! Un fracaso tal, en enseñarnos lo que somos, *no es* soportar la tentación, ni es lo mismo que cuando Dios nos pone a prueba. En tal estado, el Señor debe azotarnos por nuestras faltas, por llevar indebidamente el nombre del Señor Jesús.

Qué triste es que aquellos que tienen en el Salvador una salvación tan grande, basada en el juicio absoluto de la carne, hayan hecho tan poco uso de este juicio de sí mismos, que es lo más odioso de todo para Dios; porque no hay que dudar en llamarlo así. Admito que hay más audacia, orgullo y sutileza en Satanás; pero me

parece que en lo que respecta a lo vil, bajo y mezquino, no hay nada peor que el yo; y, sin embargo, eso es precisamente lo que cada uno de nosotros lleva dentro. La cuestión ahora es saber hasta qué punto la gracia ha actuado en nuestras almas para llevarnos a rechazarlo por completo ante Dios. Cuando es así, el Señor puede ponernos a prueba, es decir, puede ponernos a prueba con lo que en ningún caso es una cuestión de maldad, porque Dios no tienta por lo malo ni es tentado por las cosas malas.

2 - El ejemplo de Abraham en Génesis 22 explicado

Así, cuando a Dios le plació pedirle a Abraham que sacrificara a su hijo único, no fue en absoluto algo malo, sino una prueba de las más bendecidas. Fue para demostrar si Abraham tenía una confianza perfecta en Dios hasta el punto de sacrificar el objeto que más le importaba, en el que se centraban todas las promesas de Dios. Y por gracia, Abraham lo hizo. Por supuesto, lo hizo con la certeza perfecta de que, si Isaac moría, Dios lo resucitaría; porque Abraham sabía perfectamente, antes de que se le pidiera el sacrificio, que Isaac era el hijo de la promesa; y sabía que era ese Isaac y ningún otro –ningún otro hijo–, por lo que estaba seguro de que, si Isaac era ofrecido, Dios lo resucitaría de entre los muertos. Así pues, era realmente el bien del corazón de Dios lo que se reflejaba en lo que pedía del corazón de Abraham; y Abraham fue llevado a una mayor comunión con Dios en lo que era, en cierto modo, el equivalente a la entrega de su propio Hijo.

Lo mismo ocurre con las pruebas con las que Dios se complace en ponernos a prueba, y ahora no me refiero a nuestras malas pruebas, sino a las buenas; no a aflicciones como las que Lot atravesó, sino como las que Abraham tuvo. Es una prueba de la mayor confianza por parte de Dios, si estamos preparados para caminar delante de Dios siendo conscientes de su presencia, si él puede ponernos a prueba con algo que se le parezca: un precio que sacrificar, un sufrimiento que soportar en gracia, algo que sea según Su pensamiento. En este sentido se menciona la tentación (o prueba) en [Santiago 1:2 y 12](#).

3 - Entrar en tentación

Después de esto, pasamos inmediatamente a la tentación de la que se habla en un sentido negativo ([Sant. 1:13-15](#)), y que está relacionada con el versículo 41 de [Mateo 26](#). No me detendré mucho en estos versículos, aunque son de lo más saludable para nuestras almas. El Señor esperaba que sus discípulos velaran con él. ¡Ay! No los encontró así. Y el Señor fue solo y oró a su Padre en el más profundo sufrimiento. Luego regresó junto a los discípulos y, al encontrarlos dormidos, le dijo a Pedro: «¿De modo que no habéis podido velar conmigo una sola hora?» (v. 40). No, ¡no pudieron velar ni una hora con él! El espíritu estaba presto, pero la carne era débil.

Sería muy indigno de nuestra parte tomar esto como excusa para nuestras propias faltas; sería leer las Escrituras para nuestro perjuicio y para deshonra de Dios; sin embargo, me temo que muchos lo hacen. Pero debemos recordar que hay una diferencia entre nuestra situación actual y la de los discípulos. La carne no había sido expuesta y juzgada por completo en ese momento; fue antes de la cruz de Cristo, y por lo tanto antes de que el Espíritu Santo fuera dado. Había vida divina, pero la vida divina, en sí misma, siempre va acompañada de debilidad.

Es el Espíritu Santo el que actúa con poder; nunca se puede tener poder sin Él. Pero *nosotros mismos* somos siempre responsables del poder del Espíritu Santo, porque es dado al creyente y permanece en él para siempre. Aún no había llegado ese momento; pero en vista de ese momento y del estado en el que se encontrarían entonces, el Señor dijo: «Velad y orad, para que no entréis en tentación» ([Mat. 26:41](#)). Porque recuerden bien que no es un poder conferido por el Espíritu de Dios el que nos guarda, aunque sea el Espíritu de poder; no es la energía en esto o aquello lo que nos guarda, sino la dependencia; es el sentimiento de debilidad el que vela y ora, y que así tiene el poder de Cristo morando en nosotros. Su poder se cumple en la debilidad.

Si estamos separados de Cristo, no hay nada que tienda tanto a destruir la dependencia como un gran conocimiento de la Palabra de Dios. Y ahí es donde reside nuestro peligro. Cuanto mayor sea nuestro conocimiento de la Palabra de Dios, cuanto más se separe del sentimiento de una debilidad total y, por tanto, de la necesidad de velar y orar, mayor será el peligro. Es una solemne advertencia para nuestras almas. No hay duda de que hay un gran conocimiento de las Escrituras y de lo que se llama “inteligencia de la Verdad”, pero ¿conservan nuestras almas este sentimiento de nuestras necesidades y debilidades, y lo expresan a Dios? «Velad y orad, para que no entréis en tentación».

¿Qué quiere decir nuestro Señor con «entrar en tentación»? Es el hecho de entrar por *voluntad propia* en una circunstancia en la que solo puede ser guardado aquel que *juzga su propia voluntad* y que va al llamado de Dios y apoyándose en Él. La voluntad propia va hacia un fracaso inevitable, simplemente porque es ella la que *está en acción*. Pedro mismo lo demostró rápidamente. Pedro fue a donde solo podría haber estado si el Señor lo hubiera llamado y guardado por fe. Entró en tentación sin sentirla. No fue soportar la tentación. Pero entró en tentación y falló.

Y permítanme decir esto: todo va bien cuando confesamos a nuestro Señor Jesucristo en medio de los santos; pero no es tan fácil confesarlo de verdad y con humildad cuando, en lugar de encontrar la compasión de los santos, la vergüenza y el desprecio, o incluso la muerte, pueden ser la consecuencia, como en el caso de Pedro. Lo habría soportado, si hubiera entrado en él por la gracia, la obediencia, la oración y la vigilancia, en lugar de confiar en sí mismo al querer ir a la cárcel e incluso morir por su Maestro. Cuando nuestro Señor dice: «El espíritu en verdad está dispuesto, pero la carne es débil» (Mat. 26:41), mira la naturaleza del hombre; y esta naturaleza es incapaz de tal prueba. Solo Dios puede sostenernos y, por lo tanto, el deseo de Dios expresado en su Palabra debería conducirnos en tales circunstancias de tentación, y su gracia debería sostenernos por fe para mantenernos firmes; de lo contrario, sería solo nuestro propio deseo, y caeríamos.

Habría sido una abominación para Abraham sacrificar a su hijo, si Dios no lo hubiera dicho. Pero la fe que juzga el yo, fortalece el alma para soportar la tentación. Uno no entra en tentación cuando permanece en dependencia y juicio de sí mismo. Entonces, cuando nos enfrentamos a diversas tentaciones, consideramos todo esto como un gozo; y como no hemos entrado en ellas por nuestra propia voluntad, no caemos *en ellas*, sino que las soportamos por gracia.

Que el Señor nos dé la fuerza para velar y orar, sobre todo porque Dios nos ha bendecido con el conocimiento de su Palabra y de él mismo en el Señor Jesucristo.